LAS DOS LIRAS.

LA LIRA DE ÉL.

Ella, que forma del amor su historia
Y que tan sólo en el amor delira,
Henchido siente el corazón de gloria
Cuando escucha los cantos de mi lira.
Y yo bendigo del amor su historia,
Fuente de inspiración para mi lira,
Porque serán los cantos que me inspira
Los lauros más brillantes de mi gloria.

LA LIRA DE ELLA.

Si te cuentan que vibra con dulzura
La lira que de todos ignorada,
Como inútil cadáver en su tumba,
Siempre oculta llevé dentro del alma;
No es que en triunfos efímeros soñando,
Inútiles laureles ambicione,
Ni que al mundo dedique yo mis cánticos
Porque del mundo la opinión me importe;
Es que cambio cantares por aplausos,
Y acojo los aplausos con sonrisas,
Porque quiero que sepas lo que valgo
Cuando aplauden las notas de mi lira.

GERTRUDIS TENORIO ZAVALA.

Á LA VIRGEN MARIA.

Más pura tú que las flores
Y más que el azul del cielo;
Más que las auras del campo
Entre las palmas gimiendo;
Y más bella que las aguas
Del claro y limpio arroyuelo,
Cuando la aurora apacible
Lanza su rayo primero.
¿Quién al pronunciar tu nombre
No siente latir su pecho?
¿Quién al mirarte no encuentra
De su ansiedad el consuelo?
María, ¡oh! ¡cuánto es dulce
Pronunciar tu nombre tierno,
Y vivir siempre en el mundo
Con tu adorado recuerdo!
Encierra ventura tanta
Tu nombre de amor inmenso,
Cual tiene en noche serena
Estrellas el firmamento.
Si el niño duerme dichoso
Y no es su dormir inquieto,
Es porque tú, Virgen pura,
Estás velando su sueño.
Y si el mortal desgraciado

Cruza la tierra sonriendo,
Es porque tú le prometes
Gozar la vida del cielo.
La flor te da sus perfumes;
El ave su canto tierno,
Y naturaleza toda
Tributa á tu amor incienso.
Tú eres para el peregrino
Que va en la tierra gimiendo,
La palma donde á la sombra,
Para seguir, toma aliento:
Y el hombre que sin tu mano
Cree feliz alzar su vuelo,
Más tarde triste se encuentra
Sumido en inmundo cieno.

El mortal que no te adora
En su pena ó sus contentos,
No hallará verde palmera
De su vida en el desierto.

EL AMOR Y EL DESENGAÑO.

—¿A dónde vas, bello niño,
Con tus flechas y tus arcos?
—Voy hiriendo á los que habitan
Las chozas y los palacios;
Voy halagando á los hombres
Con mil juramentos vanos;
Que á mí me rinden tributo
En la ciudad y en el campo.
— Grande, muy grande es tu imperio:
Tú, el de los ojos vendados,
Vas dirigiendo tus flechas
Siempre altivo y temerario.

Niño de las alas blancas,
No así dispares tus dardos,
Que muchas víctimas deja
Por donde quiera tu paso;
Y es triste que como el viento
Lleva la flor en verano,
Arrastres así á los hombres
Y los hagas tus esclavos.
—Mas ¿qué extraño, si en el mundo,
El hombre inconstante y falso,
Nunca guarda allí en el pecho
Cariño por muchos años?
—Ve que puede maldecirte
El que tan sólo ha encontrado
Mentidos tus juramentos,
Infiel tú, y aun más, ingrato.
—Noble es el alma que adora,
Y en medio del desencanto
No me maldice, y espera
Aun rendida de cansancio.
—¿Qué haces de tanto suspiro?
¿Qué de las gotas de llanto?
—Es el tributo que llevo
Para formar bellos lauros;
Pues convertidos en flores
Suspiros, quejas y llanto,
Adornan esos sepulcros
En donde gozan descanso
Aquellos que amaron como
Eloísa y Abelardo.

El Amor tendió sus alas
Para cruzar los espacios,
Siguiendo pálido y triste,
En pos suya, el Desengaño.

QUEJAS.

Ayer en vano te esperé, ángel mío:
Y en inútil afán, triste, las horas
Pasé mirando en ansiedad extrema
Del mar inquieto las movibles ondas.

Tú no llegabas, y miraba triste
Que una tras otra las cansadas olas
Dejaban al besar la húmeda arena
Entre su espuma nacaradas conchas.

¡Era la tarde tan serena y pura,
Y arrullaban tan dulce las palomas.....!
Mas, dí, ¿qué importa si esperaba en vano
Verte á mi lado para ser dichosa?

Yo te esperé como la flor incauta
Al ave tierna en la risueña aurora,
Que ya olvidada de su amor primero
En otros tiempos su canción entona.

¡Cuántas veces creyendo que venías
Á mi lado con planta cautelosa,
Á tu encuentro corrí; mas era el ruido
Que formaban las auras en las hojas!

Dí, ¿por qué ayer como en pasados días
No viniste á buscar á quien te adora?
¿No sabes que sin tí, de la existencia
Ni el cielo tiene luz, ni el viento aroma?

Llorar me hiciste en mi dolor inmenso
Cuando tú el ansia de mi amor no ignoras:
¿Por qué faltaste á nuestra dulce orilla
Si sabes que tu ausencia me acongoja?

En vano te esperé: pasó la tarde
Y miedo tuve de encontrarme sola;
Y me alejé de la desierta playa
Cuando la noche derramó sus sombras.